AÑO II. MADRID, 1 DE NOVIEMBRE DE 1922. NÚM. 13.

# HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«**Satyat nasti paro Dharma**». — **La religión más elevada es la Verdad.** (Lema del Maharajá de Benarés.)

## SUMARIO



# Páginas seculares de Economía Política [1]

*Definición y breve historia de la ciencia.*—El anhelo incesante de vivir cómodamente, que nace, existe y muere en el hombre, no es menos natural en las naciones que en los individuos cuyo conjunto los compone y

(1) Confiando en que les serán gratos a nuestros lectores, reproducimos, por su actualidad, los primeros conceptos del *Tratado de Economía Política* que antes de mediar el siglo XIX dejó inédito nuestro abuelo D. Julián de Luna y de la Peña (1783-1848), sabio polígrafo sobre cuya biografía puede verse un apunte en el prólogo de *De gentes del otro mundo*. El llamado «socialismo de cátedra» alemán fué ya presentido entonces por este tan notable como poco conocido discípulo de los enciclopedistas.—*N. de la D.*

constituye. Este anhelo, hijo de la necesidad y natural derecho de la conservación, obliga a buscar los medios aparentes para satisfacerle; y como estos medios son lo que se llama riqueza, requiere que las naciones, siquiera por instinto, desde su origen han debido afanarse por ser *ricas.*

Tan antigua como las naciones fuera *la ciencia que se dedica a investigar todo lo concerniente a la riqueza pública*, de donde ha tomado el nombre de *economía política*, si las naciones de pronto y pacíficamente aparecieran formadas. Pero a la especie humana no le es dado llegar a grandes cosas sino por ciertos grados; y así fué como estos grandes cuerpos se formaron. La reunión de familias compuso una población; las poblaciones situadas en territorio no interrumpido por montañas o ríos de difícil paso constituyeron las tribus, y de la agregación de éstas resultaron las naciones. Mas en los primitivos tiempos hallaban el género humano tan robusto de fuerzas corporales como niño en su razón, por faltarle el espacio y el cultivo que sólo puede encontrar en extensas sociedades: no era dable que las agrupaciones de regiones y de pueblos que han venido a formar las naciones se hiciesen de buen convenio, sino más bien a la fuerza; esto es, por las conquistas.

Aquí se ve el origen de las guerras con sus enconos y estragos; los jefes militares convertidos en reyes, con pretensiones de ser absolutos y transmitir la corona a sus hijos; los vencidos y los vencedores, aquéllos, siervos; estotros, señores: aquí las jerarquías de patricios, de nobles y plebeyos, sin contar los esclavos que de gracia son rebajados a la condición de bestias; aquí las costumbres y leyes establecidas para sancionar con el uso y apoyar con el derecho tan absurdas e inhumanas injusticias; y para mayor fianza se crean dioses y sacerdotes que santifiquen como venido del cielo un estado social tan despiadado y bárbaro; aquí caminando el tiempo los nobles y los villanos, dueños unos de inmensos terrenos cuyos productos malgastan en toda clase de disipaciones; siervos los otros de la misma tierra que con fatiga incesante fertilizase para regalo del rico potentado, que sobre ser dueño exclusivo de la tierra, dispone a su antojo de las propias personas y hasta de las familias de estos desventurados; aquí, en fin, radican esa plaga de instituciones injustas y engañosas, de torpes vicios y feos crímenes inherentes así a la opulencia como a la miseria, que aunque más templada, tienen todavía en perpetua guerra intestina los intereses y los ánimos e impiden que las naciones lleguen a ser verdaderas sociedades y verdaderamente ricas, en manera que todos sus miembros consigan el vivir cómodamente.

Calamidades sin cuento hubieron de padecer los humanos primero

que llegaron a constituirse en naciones corpulentas; pero no fueron en balde ni tampoco los innumerables trastornos que estas moles sufrieron en los pasados siglos, pues la inteligencia humana, colocada en un teatro proporcionado a su capacidad, auxiliada del arte de estampar los pensamientos para poder transmitirlos a las generaciones venideras y dirigida por los hombres pensadores y pacíficos de todas las edades, apellidados filósofos, consiguió reunir tanta copia de conocimientos, que fué menester dividirlos en secciones denominadas *ciencias;* y creció y se robusteció tanto, que ya su fuerza prepondera a la corpórea, por quien antes era dominada.

Mientras la fuerza material y la astucia estuvieron en poder de sofocar a la inteligencia razonadora y de mandar en el mundo, sostúvose con tesón como artículo de fe que la conquista era el único medio de hacer a las naciones ricas y poderosas. Y cierto que durante el predominio de semejante principio, muy escasos, muy vagos y errados debían ser los conocimientos que en punto a economía pública se tuviesen. Sólo cuando el saber científico adquirió gran vigor con el renacimiento de las letras es cuando pudo empeñarse en contiendas con los hombres privilegiados y en combatir los errores que hasta entonces habían imperado en el mundo. Así fué que el siglo de los filósofos fué el siglo en que empezaron con calor las investigaciones económicas; porque entonces fué cuando aquellos pensadores vivieron y patentizaron que la guerra y las intrigas, medios combinados a que siempre apelaba el furor de las conquistas, no acarreaba a las naciones sino estragos y desolación que paraban en pobreza y opresión de vencedores y vencidos. Entonces fué cuando con la historia en la mano demostraron que los pueblos conquistadores, después de un vivir penoso, al fin mueren conquistados, y fué cuando se dieron a indagar los seguros medios de hacerse las naciones ricas y venturosas.

En estas indagaciones se había invertido más de siglo y medio, y escritores distinguidos italianos, franceses, españoles e ingleses (1) se habían

---

(1) Escritores italianos: Antonio Serra, en 1613, publicó su *Breve trattato delle cause ches possono far atbandare li segni d'oro et d'argento dove non sono miniere*, y en el año 18 Davaurati escribió sobre los cambios y la moneda; Baudini se propuso probar que nunca hubo escasez y carestía sino en aquellos países donde el Gobierno se halla entrometido en proveer a los pueblos; Belloni publicó una disertación sobre el comercio en que está por la balanza; Carli escribió contra ella; Algarotti, sobre la economía política; Genovesi abrió un curso público de economía política, en Nápoles, el año 1764; en la cátedra fundada por el sabio Intieri, en 1750, publicó Galiani un tratado sobre las mo-

afanado en descubrir verdades por donde resolver toda clase de cuestiones tocante a las riquezas; y todavía no se consideró formada la ciencia hasta que en 1776, el célebre Adam Smith dió a luz su famoso libro titulado *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de las riquezas de las naciones.*

Determinar el objeto de la ciencia económica, fijar sus atribuciones, reunir los conocimientos que la pertenecían, despejarlos, juzgarlos y coordinarlos, fué la ardua empresa que Smith se propuso. Mas era punto menos que imposible llenar tantas, tan trabajosas y delicadas atenciones, siendo su ensayo el primero que se hacía con semejante intento.

Su obra hubo de adolecer de escasa en unos puntos; difusa, en otros; obscura, en partes; importuna en otras, y, en muchas, con errores; siendo en todo su conjunto más bien una masa informe que no un cuerpo de regulares formas. Sin embargo, este libro, en que sobresalen la erudición y el buen juicio, ofrece un surtido de preciosidades de donde después se han provisto los economistas del siglo XIX, y más que todos el que mayor crédito ha llegado a gozar en toda Europa.

Cuando en ella pareció la obra del sabio Smith, consideróse a éste como el padre de la ciencia económica, cuyo título aún se le conserva; y la ciencia juzgó tan acabada, que apenas admitiera alguna leve reforma. Mas no hubo transcurrido largo espacio cuando el *tratado de economía política* que dió a luz el célebre francés Juan Bautista Say logró eclipsar la gloria del padre de la ciencia. Propúsose este escritor el presentar la ciencia depurada de faltas y yerros que había sacado de las manos de Smith, darla más amplitud y presentarla mejor coordinada. Este libro fué calificado por el pensador como el mejor que existiera de economía política, y ciertamente es el más completo y ordenado de cuantos se han publicado desde Smith hasta el día.

No han logrado deslucirle los que después han escrito sin que se vea

---

nedas, y después unos diálogos sobre el comercio de granos; Beccario, en un curso, publicó en Milán y analizó las funciones de los capitales productivos: el conde de Verri publicó en 1771 sus *Meditaciones* sobre la economía política, y Filangieri, en 1780, dió a luz su tratado de las leyes políticas y económicas. En el mismo siglo escribieron sobre economía política, más o menos este último, y los acreditados franceses: Sully Vauban, Montesquieu, Guernay, Colber Purgot, Condillac, Raynal y Condorcet. Igualmente escribieron entonces sobre la economía, los españoles Alvarez, Osorio, Martínez de la Mata, Moncada, Navarrete, Ustáriz, Ward y Ulloa. Finalmente, escribieron antes del célebre Adam Smith los ingleses Hume y Stenart.

el por qué (1), ni es dable que lo consiguieran, dado que tales impresos de corrido rellenos con la copia o extracto de lo que otros han dicho, siquiera en su exterior parezcan libros, en su esencia no pasan de folletos.

Por más que abulten todos ellos, están más o menos incompletos, ocupándose unos en cuestiones que, al fin, ponen el punto debatido, en vez de más claro mucho más obscurecido, y otros en compilar lo que varios han dicho sobre aquellas materias económicas, que a su gusto y propósito cuadraban sin cuidar siquiera en sus extractos de aliviar al lector de pesadeces: siendo de notar que todos, imitando a Smith y propasando a Say, prestan al comercio una atención e importancia por demás preponderante. Pues en cuanto al estilo y lenguaje de estos modernos escritores, baste decir que, a unos por su intrincada y enfática palabrería, y a otros por su impropiedad, incorrección y dureza, cuesta gran pena el leerlos. Y si después de tomar este ímprobo trabajo se pregunta a la ciencia si les debe alguna especie de mejoramiento, no podrá responder otra cosa sino que se halla en peor estado que cuando la dejó Say.

Cuál sea el presente estado de la ciencia fácilmente se colegirá con sólo anunciar que, siendo el único propósito de la economía política *la riqueza de las naciones*, sobre no ser exacta la del concepto en que toman las *naciones*, es más que falsa la idea que se ha asignado a la palabra riqueza. De consiguiente, la ciencia económica está por su cimiento falseada. En efecto:

Sentó Smith como base de la ciencia que *la riqueza es el valor permutable de las cosas.*

Contentó a Say esta frase de manera que, calificándola de importantísimo descubrimiento, se propuso erigirla en primordial principio de su libro, y es muy de notar el modo como lo hizo.

Sin reparar en que la palabra *riqueza* es la legítima reina en economía política, y por su dignidad es muy acreedora a un esmerado capítulo, parecióle bastante saludarla de paso y al soslayo al comenzar su tratado por un capítulo sobre la *producción*. Pero es nada esta falta, en atendiendo al exceso que en su discurso comete.

*Lo que entienden los hombres*—dice—*por la palabra riqueza, tomada en sentido más extenso, es una cierta cantidad de cosas que tienen su valor* (2), y de por fuerza hubo de parecerle igual—*cosas que tienen valor*,

---

(1) Maltus, Sismondi, Stork, Droc Rosi, Flórez Estrada, Valle, y algún otro menos conocido. Mas de no hacer en la ciencia mejora alguna notable, bien ocioso era escribir.

(2) Say: lib. I, cap. I, pág. 1.ª

*a valor que tienen las cosas* –puesto que establece en seguida como dogma cardinal.

*La riqueza es grave cuando la suma de valores de que se compone es considerable. Ella es pequeña si los valores lo son* (1).

Es muy extraño no se haya advertido que así el principio de Smith como el dogma de Say, adoptados sin réplica hasta el día, no tienen ni pueden tener otro origen y cimiento sino aquel fértil juego de palabras; y no lo es menos se haya pasado a todos que, aun suponiendo buena y valedera la definición que Say nos da de *la riqueza*, lo que en modo ninguno se puede conceder, así es sofística la consecuencia que por trastrueque de palabras sacan; esto es, que *la riqueza es el valor de las cosas*, como es falso el juicio que esta proposición expresa.

Tanto y más es de admirar que, cifrando la riqueza en los valores muestren Smith y Say que la idea del *valor* es de ellos desconocida (2), y el concepto en que la tomen es de todo errado. Smith, ya por descuido, ya quizá de cuidado omitió el definirle y entró de llano en llano haciendo en él tantas divisiones que no hiciera más un teólogo (3). Say, que en ello puso un gran empeño, fué tan desdichado que en vez de sacar a cabo una definición resultóle un guirigay. «*Designamos*—dice—*con el nombre de valor aquella Evaluación, resultado del debate que las personas que componen la sociedad hacen de sus conveniencias recíprocas.*

¡Y por feliz definición ha pasado y pasa semejante greguería! Haciendo con esto alarde de conocer el *valor*, tanto como asimismo infiérenle en las más importantes y reñidas cuestiones; usa de él, a modo de comodín, en la charla mercantil, graduada de económica, que ahora más que nunca está en boga, y barajándole con ingenio y destreza al argumentar por fuerza a los que opinan contrarios a ellos, logran, ya que no convencerlos, a lo menos aturdirlos. Mas como se repase en el concepto con que aparece en todas ocasiones, se advertirá de contado que suponen el valor en las cosas, lo cual séanos lícito manifestar que es falso: supónenle una cualidad de ellas; y esto es igualmente falso; tiénenle por un modo de ser, o bien una propiedad permanente en las cosas, y también es un engaño; y supónenle, por último, una cantidad material y efectiva sujeta a suma y resta, y esto es por la verdad rematadamente falso.

---

(1) Say, lib. I, cap. I, pág. 11.

(2) No admitimos *ideas confusas*. En no siendo *claras* no más que una confusión, que propiamente no puede llamarse idea.

(3) Divídela en valor real, nominal, permutable, apreciativo.

Ni más ni menos es ese fantasma titulado *valor* con que se ha suplantado *la riqueza;* según demostramos en el primer capítulo, y como sea *la riqueza* el tipo original, el principio y el fin de la Economía política, de por fuerza esta ciencia había de resultar, como en efecto resulta, plagada de extravíos que la desacreditan, y toda ella falseada por su mismo cimiento.

Julián de Luna.

# "MANZANAS DE ORO"

**La inteligencia y las inteligencias.**—La ciencia es patrimonio exclusivo de unos cuantos que la quieran apellidar de esa o de otra manera. Frente a los científicos materialistas hay y hubo siempre científicos espiritualistas; frente a las verdades del plano físico se oponen y se opusieron siempre verdades del plano espiritual, sin que unas destruyeran en absoluto a las otras, pues que no son más que verdades relativas, no absolutas como quiere suponerse; simples facetas de la Única Absoluta Verdad Desconocida, de los Vedas, de los Sutras, de los Gâthâs, del Corán, de la Biblia y de todos cuantos libros religiosos conoce la Humanidad.

Voltaire, en su Diccionario Filosófico, dice: «No tenemos noción perfecta de la Divinidad. Sólo tenemos de ella sospechas, verosimilitudes y probabilidades. Sólo conseguimos reunir un reducido número de incertidumbres. «Toda obra que nos descubre medios y fin, nos anuncia al obrero. El universo, que se compone de muchos medios, de los que cada uno tiene su fin, descubre, pues, un obrero muy inteligente y muy poderoso.» He aquí una probabilidad que se aproxima mucho a la certidumbre. Darwin, temiendo, sin duda, y con razón, que sus discípulos sacaran consecuencias ilegítimas de su famosa «Teoria de la Evolución», consiguió en su obra «El Origen del Hombre», palabras que por lo visto pasaron inadvertidas a sus admiradores. En la página 55 de la citada obra, dice el gran naturalista: «Creo ocioso consignar que esta cuestión es completamente distinta de otro orden más elevado», la de saber si existe un Creador y Director del Universo, cuestión ya resuelta afirmativamente por las más privilegiadas inteligencias que ha habido en el mundo. También Vallace creía imposible la evolución sin la intervención de inteligencias directoras. Acaso por allanar dificultades que a la explicación de la teoria evolutiva se presentaban, inventó Haeckel sus «almas plastidulares» o «átomos inteligentes» que no vendrían a ser otra cosa que las «mónadas» de «Leibnitz», y, en último extremo, el «átomo permanente» del ocultista. Si «las más privilegiadas inteligencias que ha habido en el mundo» admiten una inteligencia directora en el Cosmos, ¿es irraccional pensar en inteligencias se-

cundarias que vengan a armonizar «los múltiples medios y fines de que el Universo se compone?»—LUIS BARBERÁ.

(De sus crónicas «Opiniones y opiniones», publicadas recientemente en el *Heraldo de Castellón.)*

**Los genios y sus contemporáneos.**—«Al vate se le escatima siempre la gloria. Muchas veces me he preguntado por qué motivo suelen ser tan injustos con los grandes hombres todos sus contemporáneos, y me he contestado: La envidia y sólo la envidia que no reconoce más talentos que los segados ya por la Parca. Por no sé qué clase de rutina, en efecto, viviendo Virgilio, Roma no leía más versos qne los del arcaico Ennio; el siglo de Homero apenas si dió mísera limosna al anciano sublime. Menandro, honor de la escena, no halló en su patria sino los desvíos más injustos, viéndose obscurecido por su colega el vulgar Filemón; en vida, el delicioso Ovidio más fué conocido por los prestigios de su amante Coriña que por sus versos prodigiosos, y yo, falto de gloria, escribo las presentes páginas para el día después de mi muerte, en el que ya no tenga necesidad de lauro.»

*(Memorias de Marcial,* compuestas con arreglo a sus *Epigramas,* por Jules Janin. Versión castellana de Miguel Romero y Martínez.)

«La sabiduría primitiva de la raza humana no se extraviará por una aventura surgida en Galilea, y la sabiduría india refluirá al fin sobre la Europa y transformará de alto abajo nuestro saber y nuestro pensamiento.»

(SCHOPENHAUER en su obra *El Mundo como voluntad y como representación* (libro 4.º, final del párrafo 63.)

**La noche celeste.**—«Según el *Libro de los creyentes*, hay para todo hombre dotado de fe ardiente una noche milagrosa, llamada *Noche de las Posibilidades de la Omnipotencia*, en que el hombre piadoso ve realizados tres de sus deseos.»—MAHOMA.—*(El Corán.)*

«Nada muere enteramente ni se crea nada de nuevo. Sólo se hacen mezclas distintas y variadas... Los hombres piensan que cuanto aparece todos los días y se fecunda sale del estado de muerte; lo que desaparece, muere. Es preciso no dejarse dominar por las apariencias, sino por el razonamiento. Los seres mueren, sin duda, pero es para tener un medio de renovarse. Nacer y morir no son más que dos aspectos diferentes de la misma cosa. Hombres y animales están conducidos por un movimiento circular, llenando, no obstante, cada uno su diferente rol. Todas las cosas hállanse en movimiento a la misma hora. Todo se opera por necesidad vital, tanto si se quiere como si no. Cada cosa tiende hacia el Todo...»

---

# La escuela de curación mental o "Ciencia cristiana" de la señora Eddy.

Los *milagros* de ayer son los *descubrimientos científicos* de hoy. El filósofo francés Bergson habla de la posibilidad de vencer toda resistencia y de evitar el más formidable obstáculo: la muerte. Mistress A. Besant dice: «La muerte es la más grande de las ilusiones terrestres.» Y M. B. Eddy añade: «La muerte acabará de ser considerada como un sueño *mortal* que viene en la *obscuridad* y desaparecerá con la *luz.*» (1).

Muchos sabios modernos admiten que los pensamientos en acción controlan a todo el organismo como cuando se toca un instrumento o se escribe; también dominan a otras funciones en el cuerpo.

El presidente Hall de la Clark University dice que no puede existir un cambio de pensamiento sin que se afecte también el organismo. El odio produce veneno. El profesor Gales ha recogido el aire respirado por diversos individuos durante la ira, la tristeza, el remordimiento, el odio, etc., y dice que los «pensamientos del odio producen los más mortales venenos conocidos por la ciencia», y añade que «el más efectivo y mejor camino *para operar cambios en los procesos físicos*» es el cambio de pensamientos. Todo lo que hay de salud o enfermedad es en el fondo mera *actividad*

(1) La señora norteamericana Mary Baker Eddy llevó desde su infancia una vida muy religiosa, pero no en el sentido dogmático de ninguna Iglesia. Su fe era dirigida directamente a Dios por medio de Jesu-Cristo, Instructor enviado al mundo llamado *material* para darnos pruebas sin fin de la existencia de un mundo espiritual, fuente de salud, armonía y felicidad para *todos* nosotros, si queremos vivir según los principios emitidos en la *Biblia*, especialmente en los cuatro Evangelios.

Después de muchas pruebas y experiencias propias, M. B. Eddy encontró un sistema de vida según el cual los hombres pueda, no solamente *cambiar* sus padecimientos morales o físicos y hasta suspender la muerte, sino *trabajar mentalmente* por nuestros prójimos para el bien del *mundo*, cosa tan necesaria en nuestra época, en que se la considera *poco!*

Mary B. Eddy empezó sus trabajos de curación mental cristiana en su escuela de Lynn (Massachusetts) cerca del año 1867. Después, en 1881, abrió un *Colegio metafísico* en Boston, y en 1883 obtuvo un título de médico para poder aplicar su sistema.

A pesar de su físico, que era muy débil y de su enorme actividad, la señora Mary B. Eddy ha alcanzado la edad de noventa y nueve años, pues falleció en 1910. Yo considero a esta mujer como una de las primeras de nuestra época, realizando perfectamente con su longevidad la demostración de sus teorías. Además, ha probado con su acción y género de vida el verdadero camino que la Humanidad debería seguir.

*de la mente.* Si supiéramos regular el proceso mental, entonces sabríamos curar las enfermedades.

Ph. Revson también reconoce el poder del pensamiento, para poder cambiar el *mal* del mundo en *bien*, y profetiza un cambio completo de las cosas en este sentido. En el invierno pasado dió conferencias diarias públicas, en inglés y en francés, sobre este asunto, en París, demostrando que lo que llamamos materia, éter, tiempo, espacio, etc., no existe en realidad, siendo meras *limitaciones* de nuestro verdadero sér. Ravson demuestra que la ansiedad, el miedo y demás sugestiones y autosugestiones diarias por las noticias sensacionales que leemos en los diarios, las representaciones teatrales y cinematográficas, de tragedias, fechorías, crímenes, sufrimientos, etc. (las ceremonias usuales de enterramientos pueden también ser contadas entre éstas), producen vejez, enfermedades, epidemias, locuras y hasta la muerte. Fijan en el hombre pensamientos y convicciones de mortalidad, matando así todo verdadero esfuerzo humano, en vez de elevarlo a la convicción de su esencia *inmortal* y *eterna*, inspirándolo hacia su perfeccionamiento continuo por sí mismo y por la Humanidad en general, y conduciéndolo a una vida armoniosa. Resulta de esto que jamás debería uno enfadarse, lamentarse o llorar, ni tener miedo de enfermedades o infecciones o a la muerte, *¡ni aun hablar de ello!* Todo eso *produce y atrae el mal*, y nos impide realizar el *bien*. Basta que sirvamos como un canal por el cual pasa y obra la verdad espiritual; no nos inquietaremos acerca del *cómo* o *cuándo* se harán los cambios del mal en bien.

Si recordamos las épocas antiguas, sobre todo la griega, modelo de salud, belleza, alegría y sabiduría, tendremos que convenir en que los hombres de aquella época *divinizaban*, por decirlo así, su vida diaria; «rimaban el vivir», que diría Gabriel y Galán, el poeta. Ningún acto social, privado o público, de las guerras, asambleas, fiestas, bailes o incineraciones, y hasta las comidas, abluciones, gimnasias, etc., se hacía sin pensamientos elevados y sin un hondo agradecimiento al «Dios desconocido». Las pinturas, esculturas, representaciones teatrales, concursos de los antiguos hombres y mujeres, jamás representan algo de feo, sino la belleza y la armonía de los hombres o de sus divinidades simbólicas, o de actos heroicos, o de la vida interna, doméstica, saturada de belleza.

¡Busquemos, pues, el *cambiar nuestros pensamientos, y, con las acciones buenas consiguientes, crearemos así otra época llena de salud, de bondad, de felicidad y de belleza sin límites!*

IDA HOFMANN.

Palma de Mallorca, 1922.

SILUETAS ESPIRITUALISTAS

# EL DR. MANUEL OTERO ACEVEDO

Hace poco tiempo murió este espiritista modesto y bueno, sin que sus funerales pasaran de los de cualquier difunto vulgar, de aquellos que no se preparan una inhumación pomposa en vida, y se van al otro mundo liados en una sábana por mortaja, en una sencilla caja de pino y adonde quieran llevarlo. Nada de tumba ostentosa, carroza-estufa de ocho caballos con gualdrapas y penachos, ni urna de caoba con recamados de plata tuvo Otero Acevedo, y eso que toda esta suntuosidad funeraria hubiera podido tenerla el bondadoso hacendado gallego, padre y protector de muchos necesitados, entre los que repartía generosamente las rentas de su importante capital. Pero D. Manuel no se pagaba ni poco ni mucho de hacerse la plataforma popular; era un devoto de «haz el bien y no mires a quién», y jamás se le ocurrió que pudiera servir para algo una continua publicidad de sus buenas acciones y de su conducta de hombre de gran corazón.

Estudiaba el último año de Medicina en la Facultad de Compostela cuando surgió el incidente que le condujo al campo del espiritismo. Una discusión sobre los autores de libros dedicados a la materia impulsó a Otero Acevedo, que ya estaba interesado con las lecturas de Kardec y otros autores, a buscar la comprobación de sus dudas, porque el espíritu noble pero incrédulo del doctor no podía comprender que hombres formales y de reconocida capacidad mental pudieran ocuparse y perder su tiempo en estudiar los fenómenos de las mesas y de los médiums.

Vino a Madrid a doctorarse, y desde aquí inició una campaña de confirmación informativa sobre las experiencias espiritistas, cerca de los sabios extranjeros, que por las postrimerías del siglo pasado se ocupaban de las manifestaciones del más allá, y en su libro *Los Espíritus* consigna las contestaciones que Lombroso, Richet, Delboeuf, Charcot, Aksakoff, Crookes y otros dieron a su encuesta.

Coincidió esta labor de D. Manuel con la publicación de la carta que Chiaia, de Nápoles, dirigía al profesor Lombroso invitándole a que estudiara los fenómenos espiritistas, y como el afamado antropólogo italiano no admitiera al cortés reto, Otero Acevedo escribió a Chiaia proponiéndole si quería y podría hacer las experiencias en su presencia. Aceptó aquél, y Otero Acevedo se encajó a Nápoles, donde, en unión de Chiaia,

vió y comprobó hechos que acabaron por convencerlo y hacer de él una de las figuras espiritistas españolas más entusiastas de la causa.

Con el seudónimo de *Aymerich* escribió y colaboró en las revistas espiritistas españolas y americanas. Pero su fuerte era la oratoria, y como conferenciante no tuvo rival en el campo de la psíquica. Uno de sus proyectos fué el de traer a España a la célebre médium napolitana la Palladino, a fin de presentarla a algunos sabios, entre ellos a Ramón y Cajal, para convencer a éste de que hay algo en la vida normal del organismo humano que escapa a todas las teorías y análisis de los laboratorios. No pudo conseguir de la Palladino que viniera a Madrid, y marchó a la Argentina, donde quebrantos de fortuna en una empresa ferroviaria le abatieron grandemente apartándole de los negocios, y desengañado de la ingratitud de los hombres, luchó con la *implacable* hasta caer vencido, creyendo siempre en el más allá de una vida llena de esperanzas.

J. Blanco Coris.

Completando el artículo anterior, tomamos del excelente libro *Ideas reconstructivas* y *anhelos de justicia*, de nuestro querido amigo argentino el doctor Severo G. del Castillo *(La Facultad*, Buenos Aires, 1921, un tomo en 8.° de 387 págs.), lo que sigue:

«Este ilustre argentino, Otero Acevedo, hijo de acaudalada familia de Rosario de Santa Fe, inició su educación en el país y fué a darle cima con brillantes títulos en Europa. Aprovechó debidamente todos los medios de ilustrarse, adquiriendo vastísima erudición y una especial cultura literaria y artística. Flúido, castizo y profundo escritor, fué también distinguido músico, y en el país de las estudiantinas mezclaba los deleites del arte con el cultivo de las letras, sin abandonar por eso la ciencia y sus más delicadas investigaciones.

Doctor en Medicina, llegó a ser profesor del Instituto del sabio médico y eminente cirujano español D. Federico Rubio y Galí, dedicándose en especial a cirugía del sistema nervioso.

Espíritu inquieto y trabajador incansable, de una independencia y sinceridad de criterio ejemplares, persiguiendo afanosamente la verdad, así como esgrime el escalpelo, dirigido en las investigaciones de la materia, por la luz escudriñadora de su vivaz imaginación—una controversia de estudiantes le incita a concentrar sus dotes de pensador, en los misterios de la vida psíquica y sus revelaciones experimentales, que lo demuestran un espiritualista convencido.

Su obra titulada *Los espíritus* reune un caudal enorme de erudición y de

experiencias, de valor inapreciable por las autoridades que pone a contribución, como por las de su labor personal, en que procede con la completa libertad del investigador y pone en juego todos los medios de contralor acerca de los hechos susceptibles de experimentación o que a ella se someten, tanto en lo casual de las observaciones como cuando se llega a forzar la naturaleza para sorprender sus leyes, según la expresión de los filósofos.»

Pasa en revista las antiguas creencias y doctrinas acerca del alma y la evocación de los muertos; los fenómenos de los fakires; la anabiosis de los yoguis; los estudios espiritistas y la Sociedad Dialéctica de Londres; las experiencias y trabajos originales del sabio físico y químico inglés William Crookes, descubridor del thalium y autor de profundos estudios sobre la luz y el estado radiante de la materia, que, como dice el Dr. Otero, inicia acerca de los fenómenos llamados de espiritismo, el experimentalismo científico, para estudiarlos con Zollner y Fechner, con Aksakof y Boutlerow, con Gibier y con Chiaia, con Lombroso y Richet, Bianchi, Vizioli, D'Amicis, Tamburiner, Schiaparelli, Ochorowicz y Sidgwick, etc.; considera igualmente los estudios y experiencias de Zollner, profesor de física astral de la Universidad de Leipzig; de Atsakof, eminente sabio ruso; del Dr. Hércules Chiaia, que provoca y estimula estos estudios por parte de Lombroso y otros profesores europeos; del Dr. Paul Gibier, discípulo de Pasteur y director de un laboratorio bacteriológico en Nueva York, para terminar con sus trabajos personales, de rigurosa experimentación científica, sobre multitud de fenómenos extraordinarios estrictamente comprobados por hechos de observación, libres de toda sugestión o posible engaño.

Desgraciadamente, el Dr. Otero Acevedo reservó los motivos de abstenerse de publicar sus estudios, que debían ser materia de dos volúmenes más, completando la obra de cuatro volúmenes emprendida.

En su libro titulado *Los Fantasmas* dice el Dr. Otero Acevedo: —«Hablar de fantasmas para admitir su realidad, al finalizar el siglo XIX, es exponerse al ridículo y a la animadversión de los hombres encariñados con los conocimientos que poseen»...; «que no sea este temor, sin embargo, la causa en quien no tiene nombre que perder, ni reputación que arriesgar, el que deje de ocuparme de cuestiones que en Inglaterra y en Francia, en Rusia y en América, preocupan la atención de los inteligentes y que tienden a dar nuevos derroteros a la psicología experimental, abriendo, sin pensarlo acaso, brecha enorme en el materialismo que, agonizante, no puede oponerse a la marcha de estos estudios curiosísimos y originales.»

Después de considerar en rápida exposición diversos hechos, desde el simple presentimiento hasta los más sorprendentes fenómenos de magnetismo, mediumnidad y materialización, concluye el Dr. Otero Acevedo con estas palabras:

«Y como este caso (se refiere a la muerte de una persona, anunciada misteriosamente para día determinado) podría referir muchos más, bien atestigua-

dos y que no caben en la explicación que se da, de una memoria hereditaria, de vibraciones etéreas, de sugestión mental, de clarividencia, etc., y si en la continuación de la vida individual después de la muerte. Hay algo en el hombre que persiste cuando cesa la vida orgánica; algo que es individual y que vive independientemente de la materia. Esto es lo que nos dicen los hechos, y mientras no haya una teoria que dé una explicación satisfactoria de los fenómenos, ¿por qué no hemos de aceptar la que parece dar razón de ellos...?»

«Y si bien la teoria de la sugestión mental con la ley de reversibilidad puede dar explicación de algunos casos de alucinación telepática, para el mayor número no sirve, y debemos apelar a otra explicación que, indudablemente, esté basada en una exteriorización de fuerza y en la realidad adjetiva de las apariciones. ¿Qué es esto que se exterioriza del individuo? ¿Es el alma? ¿Es el espiritu? ¿Es el cuerpo astral? ¿Qué es?»

«A esta pregunta yo no sé qué responder. Es una incógnita que a la psicologia del porvenir corresponde desentrañar, buscando en los hechos de la curiosa fenomenologia que dejo apuntada la solución de este problema importantisimo, fisiológico y psicológico a la vez, que quizá encierra la clave del secreto que lleva consigo la organización humana, y con ella todo un mundo de conocimientos nuevos y una revolución completa en nuestro saber.»

En la obra «Lombroso y el espiritismo» o apuntes para la psicologia del porvenir, el Dr. Otero Acevedo resume e intensifica los estudios de sus obras anteriores, y en relación al profesor Lombroso, considera el fruto de sus trabajos, primero, de incrédulo, y después de estudioso, lamentando que no dedicara mayor tesón y constancia a la comprobación de hechos, antes de formular teorias, si bien atestigua que el sabio alienista y legista, como lo dice en una de sus cartas (dirigida por Lombroso al director del «Berliner Tageblatt», no habia de ser victima de simulaciones acerca de los hechos comprobados por él, en cuanto se contrajo a estudiarlos.

El otro trabajo del Dr. Otero Acevedo en la citada Revista es un tributo a la memoria del Dr. Federico Rubio, que fallecia en Madrid en agosto de 1902, pues propone, para ocuparse de ello en otro trabajo, se denomine «signo de Rubio» al movimiento reflejo que ha estudiado como signo diagnóstico del periodo inicial de la afección artritica a que se refiere, para diferenciarlo de una simple neurosis.

El Dr. Manuel Otero Acevedo abandonó su patria para dirigirse a España, embargado su ánimo por crueles decepciones y desencantos; su altruismo y denuedo en la epidemia de grippe que asoló aquel pais, lo hace acreedor a honrosa condecoración, y fallecido en extraño suelo, lejos de la estima que supo granjearse entre nosotros, nos deja el ejemplo elocuente de su vida y la supervivencia de su alma, en sus libros, sus actos, sus obras y sus ideas.»

# Dos apólogos teosóficos

## LA INMUNIDAD DEL MAL

Erase un rey de corazón compasivo y de espiritu reformador.

Habia notado desde niño lo muy revuelto que anda el mundo; y habiase dolido del dolor de los hombres. «Cuando sea rey, acabaré con el Mal.» Asi dormiase tranquilo.

El dia de su coronación, hizo llegar a su presencia augusta al jefe de la Policia Real.

—¿Me llamabais, señor?

—Voy a encomendaros una tan noble como dificil tarea.

—¡Ordenad!

—Debéis de conocer al Mal, sembrador de miserias...

—¡Tantas veces he topado con él...!

—Pues bien, vais a echaros en su busca ahora mismo. Rastread todo escondrijo. Y cuando halláis dado con él, prendedlo y expulsadlo del reino.

El jefe de la Policía del buen rey compasivo se echó en busca del Mal, para prenderlo y expulsarlo del reino.

Mas a poco de haber salido de Palacio, alguien lo detuvo.

—¿Adónde tan de prisa, señor comandante?

—Voy en busca del Mal.

—¿Qué le quieres?

—Prenderle.

—¿Prenderle, dices...?

—Y expulsarlo del reino.

—Pero..., ¿estás loco, acaso...?

—¿Y por qué habia de estarlo, por...? ¿Es algo monstruoso capturar malhechores...?

—¿Y qué te ha hecho el reino, hombre de Dios, para que tanto daño pretendas causarle?

—No os comprendo... ¿Seréis quizá algún hermano suyo?

—Muy su contrario, señor comandante: soy el Bien.

Y el funcionario, que iba creyéndose el agente de Dios, al dirigirse en búsqueda del Mal para expulsarlo, era incapaz de comprender aquel lenguaje, y mucho menos en los labios del Bien.

Que el Mal se defendiera, era cosa muy fundada en razón. Pero que el Bien... Era en verdad de trastornar el juicio, no sólo al jefe, sino a la Policia toda del Estado.

Y el Bien, compadecido de aquella justa perplejidad, explicó:

—Te admira que yo defienda al Mal, yo, su opuesto, porque le consideras mi enemigo. Pues bien, tal es tu error. El Mal, en vez de mi enemigo, es mi agente. Y mi agente único en el mundo, sin el cual yo no alcanzaria a ser yo.

—Es decir, que para que exista el Bien, ha de existir precisamente...

—El Mal—dijo con firmeza el Bien.

—De modo—prosiguió el señor comandante, con ojos inmensamente abiertos—que nunca podrá concluir el Mal...

—Sí, señor, cuando ya sólo haya Bien; cuando el Mal, dirigido por el Bien, haya acabado de matar al Mal.

—Así, pues, tú te sirves del Mal...

—Para ensanchar mi vida, amenguando la de él.

—¿Usas del Mal contra el Mal?

—Exacto. Él es su auto-veneno.

El Bien miraba al comandante; y, comprendiendo que aún no veía claro, explicó un tanto más:

—¿Conoces a aquel agricultor que, a causa de poca previsión, vió arder su huerto?

—Sí, lo contemplé llorando. ¡Pobrecillo!

—No puso la atención debida. La incuria, que es un mal permanente, debía ser destruída con un mal pasajero. De las cenizas de la incuria iba a nacer la previsión. Y mandé al Mal hecho llama. Prendió fuego al huerto. Y la maestra Lágrima le enseñó a aquel huertano lo que antes no sabía. Y el huerto, que era estéril—otro mal de la tierra—, vió surgir en su seno el bien de la fertilidad. Y el hambre de un solo año fué madre de la abundancia de muchos.

Así, el señor comandante de la Policía del rey se marchó convencido de que la llama que arrancó lágrimas en los ojos del agricultor también sembró en su sér la firmeza de la previsión; que el llanto de hoy sirvió para borrar la miseria de mañana; que el fuego, que asoló el huerto en un año, lo fertilizó para un siglo.

Y se fué pensando que tenía razón aquel Bien que, al despedirse, le había dicho suplicante:

—Si amáis al Bien, no desterréis al Mal.

## EL MAS SABIO DESEO ES NO TENERLO

Dijo él, aquel impúber que ya empezaba a sentir en sus entrañas la quemadura de la brasa humana:

—Yo quisiera ser Dios.

—¿Para qué?—interrogóle el viejo barbudo, que le veía tras el parrado de sus cejas largas y blancas.

—¿Que para qué dices, anciano? Para poseerlo todo. Para ser dueño del oro de los cien minerales. Para alcanzar la omnipotencia y gozar.

Y el viejecito:

—Quien anula sus ansias de poder, llega a ser omnipotente. Quien no ha sed de riqueza, la ha conseguido toda. Quien no busca los goces, vivirá gozoso. Niño, no desees ser Dios. Mata el deseo, y lo serás.

Y el viejo barbudo, que ya era omnipotente, porque había despreciado el *poder;* que ya vivía en la opulencia, porque no queriendo nada lo poseía todo; que ya era dueño de ese goce inefable de no ambicionar goce, quedóse viéndole tras el parrado de sus cejas largas y blancas.

SANTIAGO ARGÜELLO.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.